

Primeras Lluvias

JUAN LUIS NUTTE

Para Ximena González J. y su curiosidad...

Antonio y su abuelo ven a los gorriones a través de la ventana que da al jardín de su casa; estos se ocultan entre el follaje de los árboles, pues una fina llovizna comienza a caer. Antonio, un poco disgustado porque ya no puede ver los pajarillos, pregunta al abuelo por qué llueve. Y el abuelo, luego de bostezar como un león, le dice:

-Cuando sudan las nubes, llueve y las gotas que caen marchan en el suelo. Son traviesas, no se cansan, pero a veces se acuestan para formar charcos.

-Pero las gotas que caen al pasto del jardín no hacen charcos, ¿por qué, abuelito?

-Porque unas gotas son atrevidas y aventureras, pues se meten en la tierra, allá adentro esperan que las raíces de las plantas las beban cuando tengan sed.

-¿Y las gotas de los charcos, qué hacen?

-Pues duermen hasta que se las lleva el sol...

-¿Y por qué caen bolitas de hielo? -dice Antonio

mientras saca una mano por la ventana y trata de afeerrar un granizo.

-Ah, pues porque algunas nubes están viejas... ¿Ves aquellas nubes negras y grandes?... pues ésas ya han vivido mucho; cuando se carcajean se oyen truenos y se les zafan los dientes... Mira, oye, ésa de allá, la que tiene forma de búho se acaba de reír.

Y un chaparrón con granizo comienza a lavar los tejados de las casas, las polvorientas melenas de los árboles y los jardines del mundo entero.

-Oye, oye bien cómo hacen las gotas... al mismo tiempo que marchan, aplauden, por eso se escucha así, las gotas que caen primero están alegres y aplauden a las que están a punto de caer para animarlas, pues ésas tiene miedo de las alturas... -el abuelo se retira de la ventana; sus huesos entumidos comienzan a tronarle como matracas y desea sentarse en su viejo sillón de la sala, para calentarse mientras mira llover.

-Espera, abuelito, ¿por qué dejó de caer agua del cielo? -antes de que pueda responder el abuelo, lanza otra pregunta mientras lo jala de la mano.

-¿Y por qué la nube que tiene forma de búho no se cayó al suelo como las otras?... Además, desde que

empezó a llover, la nube parecía un algodón de azúcar, entre rosita y naranja y ahorita se ve blanca... Mira, está correteando a los pájaros, parece perrito peludo... Y hubiera seguido su cantaleta si no es porque un tronido de cohete lo interrumpe.

–Ah, caramba, seguro que las nubes vieron a un niño con cohetes... ¿Escuchaste el cohete? Bueno, pues a las nubes no les agrada que se los echen, las asusta y lastima, por eso deja de llover... Y ahora que recuerdo, hay una nube que se come a los niños que hacen eso.

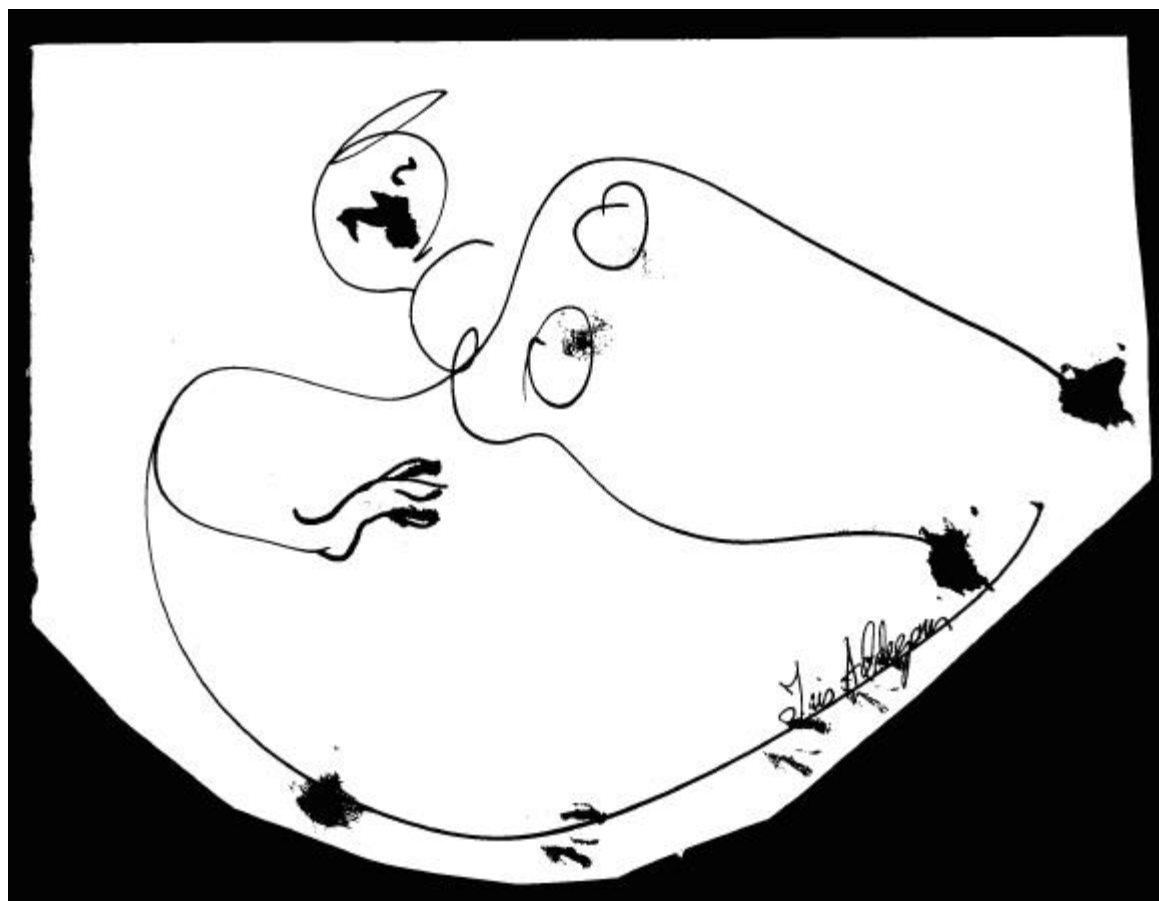
–¡Ah! ¿A poco? No te creo.

–Sí, esa nube que dices, seguro es la que hace tiempo se comió a un niño que se llamaba como tú.

Antonio asoma la cabeza por la ventana para seguir viendo a la nube que ahora corre tras los pajarrillos, transformada en feroz león.

–El niño aquel –continúa el abuelo mientras se sienta en su sillón –vivía en un pueblo donde todo era verde, las calles en lugar de pavimento, tenían jardines y pasto, los muros de las casas estaban vestidos de enredaderas con flores y los tejados de las casas lucían abundantes cabelleras de buganvillas que las hacían parecer árboles enanos, todo el pueblo olía a tierra fresca y flores...

Bueno, pues en ese pueblo siempre llovía y a la gente le gustaba escuchar las carcajadas de las nubes. Todos eran muy limpios, se perfumaban con agua de



Iris Aldegani

cielo. Pero un día apareció en el pueblo un niño llamado Antonio, era flacucho, perezoso y sucio, su piel estaba negra y dura como lodo seco, su cabellera gris y tiesa como piedra, olía bastante mal, con decirte que ni las moscas se paraban en él.

—¿Pero por qué se lo comió la nube?

—Mira, cuando él llegó, hubo algunas personas que quisieron bañarlo, pero se negó, huía a las afueras del pueblo para luego regresar aún más mugroso, y si alguien lo invitaba a comer, se aguantaba el hambre con tal de no lavarse las manos, que por cierto, tenían uñas tan largas, renegridas y enroscadas, que parecían raíces de árbol... Luego la gente se acostumbró a verlo vagar por el pueblo, siempre tirando piedras a los pájaros y nidos, con ayuda de una resorte-

ra; la gente no perdía la esperanza de bañarlo algún día.

Una mañana lograron atraparlo mientras dormía bajo un pirú, lo amarraron de manos y pies y dejándolo en medio de una calle, esperaron la lluvia. Bueno, pues calló un chaparrón que duró algunas horas, hasta que todas las costras de mugre se despegaron del cuerpo de Antonio que se retorció como gusano. Las nubes, mientras lo bañaban, reían a carcajadas, las gotas marcharon en su cuerpo, se metían en la mugre para despegarla, los charcos alrededor de Antonio eran espejos que reflejaron la nueva blancura del niño...

—¿Pero por qué se comió la nube al niño? insiste Antonio, ansioso por escuchar el final de la historia.



Lilia Luján

—Ah, pues aquí va lo bueno. Antonio se enojó con el pueblo. Prometió vengarse, luego se fue por varias semanas, y cuando regresó al pueblo estaba irreconocible, aún más sucio que la primera vez que apareció. Y sabes qué hizo... pues comenzó a ahuyentar a las nubes. Se tendía bocarriba en las calles del pueblo y esperaba a que las nubes se reunieran en el cielo para la lluvia. Justo cuando caían las primeras gotas, Antonio sacaba unos cohetones voladores y se los arrojaba. Las nubes asustadas, huyeron del pueblo transformándose en caballos, en aves y animales veloces para lograr esquivar los cohetes. Las que eran tocadas por los chifladores, se deshacían como algodones de azúcar cuando dentro de ellas reventaban los proyectiles de Antonio que se burlaba a carcajadas.

Esto lo hizo durante semanas, el pueblo fue secándose, las calles lucieron grises y polvosas, los muros de las casas se escarapelaban y los techos crujían quejándose por la falta de lluvia. Los habitantes estaban tristes y mugrosos... Pero una tarde Antonio se topó con una nube que no le tuvo miedo. Por más que le echaba cohetones, la nube los esquivaba gracias a que podía transformarse en águila y venado, en caballo y en avión... en fin, en animales y objetos veloces.

Esa tarde era especialmente húmeda y calurosa, pues a pesar de que el pueblo estaba reseco, algunas gotas de lluvia, las que dormían dentro de la tierra, despertaron gracias al sol y se reunieron con las gotas que formaban a la nube valiente. Así, poco a poco la nube creció y pudo hacer otras figuras de animales cada vez más extraños, hasta que tuvo la forma de algo desconocido y ridículo para Antonio, que a gritos le dijo:

—¡Qué tonta, mientras más grande seas, podré darte con mis chifladores!

Y la nube, poniéndose muy oscura, alargando y encogiendo su cuerpo, lanzó truenos y centellas. Antonio abrió tremendos ojos mientras veía acercarse a él la nube que fue definiendo su verdadera forma de dragón, por sus fauces iba arrojando agua hasta llegar a donde Antonio, y con un gran relámpago que iluminó el cielo del pueblo, se lo tragó de un sólo bocado...

Antonio ve a su abuelo y a la nube que todavía permanece en el cielo, y que ahora tiene una forma como de dragón y un color negro que amenaza con lluvia.

—Oye, Toño, me acordé que tengo guardados unos cohetes chifladores —dice el abuelo sonriendo. ¿Quieres salir al jardín a echarlos?

Antonio dice no con la cabeza y la mano, luego sonríe y exclama:

—¡No, son más divertidas las nubes si se les caen los dientes! ❧



Mauricio Vega